

LA PASA ESPEJOS

LIBRO 1

LOS NOVTIOS DEL INVIERNO

Christelle Dabos

Traducción de  
J. E. Salgar

 NOCTURNA  
EDICIONES

*Christelle Dabos*

*LOS NOVIOS  
DEL INVIERNO  
LA PASAESPEJOS*

Traducción del francés

J. E. Salgar

 NOCTURNA  
EDICIONES

Título original: *La Passe-miroir. Livre 1. Les Fiancés de l'hiver*

*Les Fiancés de l'hiver* © Gallimard Jeunesse, 2013

© Christelle Dabos, 2013

Traducción de Jorge Eduardo Salgar, cedida por  
PANAMERICANA EDITORIAL, Ltda.

© de las guardas: Maratus Solehah / Shutterstock

© del marco: Alejandra Hg, 2022

© de las ilustraciones del final: Laia López, 2022

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.

c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid  
info@nocturnaediciones.com

www.nocturnaediciones.com

Primera edición en Nocturna: abril de 2022

ISBN: 978-84-18440-55-7

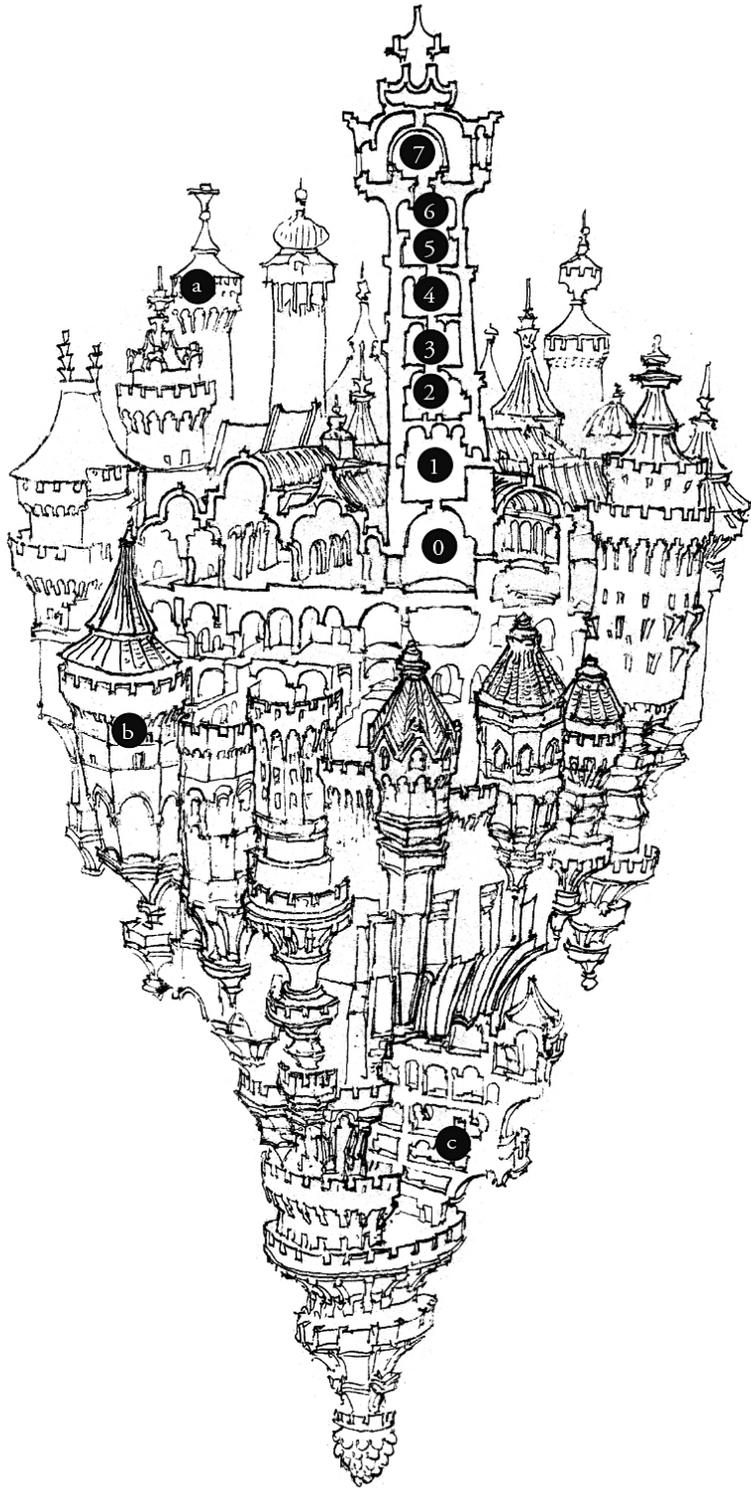
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

En la primavera de 2012, Gallimard Jeunesse, RTL y Télérama convocaron un concurso abierto a todos aquellos que sueñan con convertirse en escritores para el público juvenil, el concours *du premier roman jeunesse*. Entre los 1.362 textos recibidos, un jurado compuesto por editores, autores, periodistas, libreros y público seleccionó el ganador en junio de 2013. Se trata de este libro.

# *A BORDO DE LA CITACIELO*

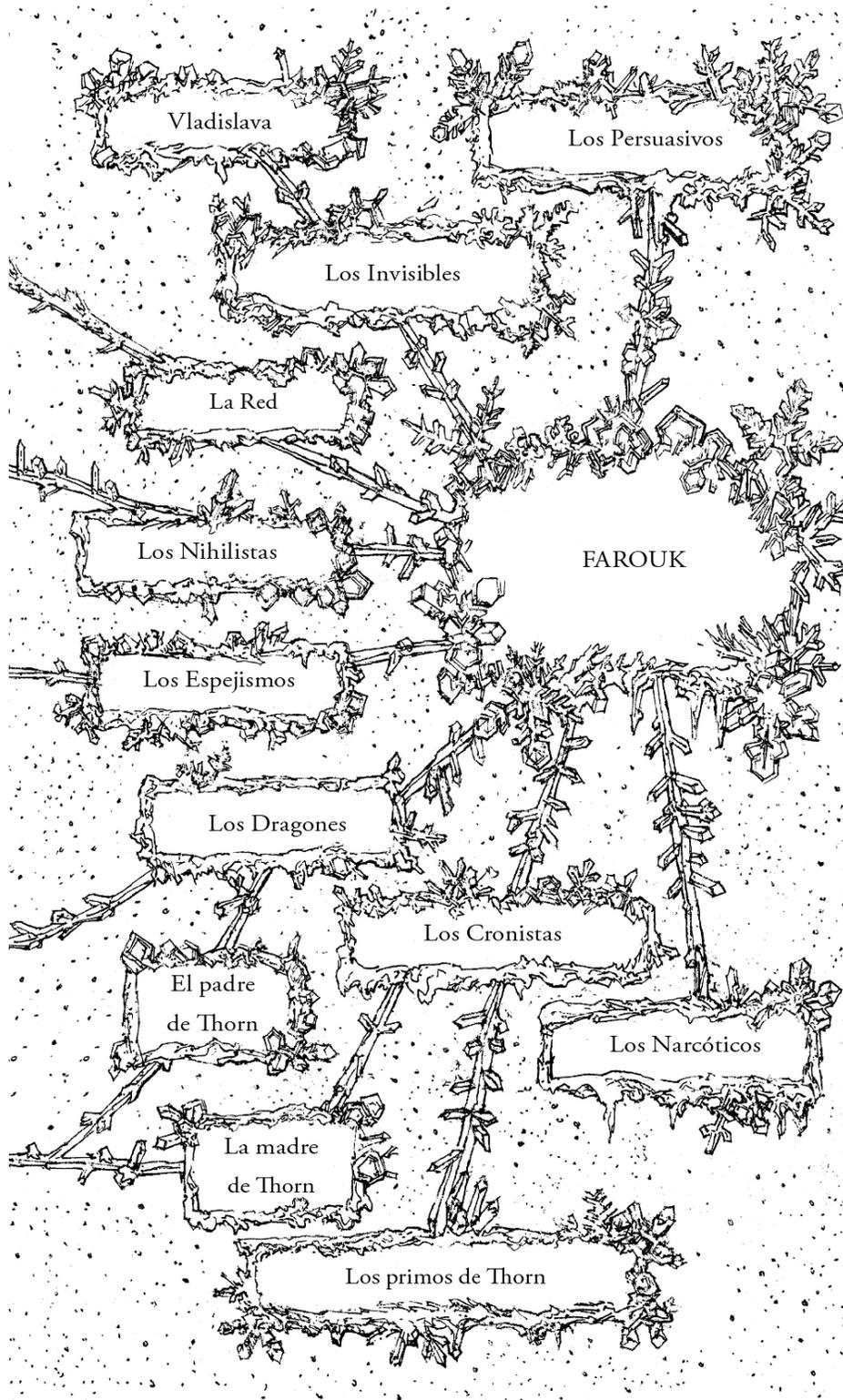
- 7 Apartamentos de Farouk
- 6 Gineceo
- 5 Malecón
- 4 Ópera familiar
- 3 Baños turcos
- 2 Jardines colgantes
- 1 Sala del Consejo Ministerial
- 0 Embajada del Clarodeluna

- a. Intendencia
- b. Estación de policía
- c. Manufactura Hildegarde & Cía.



LOS CLANES DEL POLO





# **LOS NOVIOS DEL INVIERNO**

# ***Fragmento***

*Al comienzo, éramos uno.*

*Pero Dios nos juzgaba indignos de satisfacerlo de esta manera. Entonces decidió dividirnos. Él se divertía mucho con nosotros, luego se cansó y nos olvidó. Dios podía ser tan cruel en su indiferencia que me espantaba. Sin embargo, también sabía mostrarse dulce, y lo amé más que a nadie.*

*Creo que Dios, los otros y yo hubiésemos podido vivir felices de algún modo sin ese maldito Libro. Me repugnaba. Yo conocía el vínculo que me unía a él de la forma más inaudita, pero este horror llegó más tarde, mucho más tarde. No lo comprendí de inmediato, era muy ignorante.*

*Amaba a Dios, sí, pero detestaba ese Libro que él abría para responder sí o no. A Dios le divertía enormemente. Cuando estaba contento, escribía. Cuando entraba en cólera, escribía, y un día que estaba de muy mal humor cometió un terrible error.*

*Hizo estallar el mundo en pedazos.*

# *Los novios*

# ***El archivista***

Decimos con frecuencia que las viejas construcciones tienen alma. En *Ánima*, el arca donde los objetos adquieren vida, las viejas construcciones tienden a desarrollar un carácter espantoso.

El edificio de los Archivos familiares, por ejemplo, estaba constantemente de mal humor. Pasaba sus días agrietándose, rechinando, creando fugas y resoplando para expresar su descontento. No le gustaban las corrientes de aire que golpeaban sus puertas mal cerradas durante el verano. No le gustaban las lluvias que oxidaban sus canaletas en otoño. No le gustaba la humedad que se filtraba en sus muros en invierno. No le gustaba la maleza que invadía su patio cada primavera.

Pero, por encima de todo, al edificio de los Archivos no le gustaban los visitantes que no respetaban los horarios de apertura.

Por ello, en esa madrugada de septiembre, el edificio se agrietaba, rechinaba, creaba fugas y resoplaba más que de costumbre. Notaba que venía alguien, a pesar de que aún era muy temprano para consultar los archivos. Este visitante ni siquiera esperaba frente a la entrada, en las

escalinatas, como cualquier persona respetable. No. Entraba al recinto como un ladrón, directamente por el vestíbulo de los Archivos.

Una nariz apareció justo en medio del espejo de un armario.

La nariz avanzó. Pronto emergieron unas gafas, unas cejas arqueadas, unas mejillas, unos ojos, un pelo, un cuello y unas orejas. Suspendido en medio del espejo hasta los hombros, el rostro miró a la derecha, luego a la izquierda. El pliegue de una rodilla apareció después, un poco más abajo, y remolcó un cuerpo que se desprendió por completo del espejo, como si estuviera saliendo de una bañera. Una vez fuera del espejo, la silueta solo se resumía en un viejo abrigo desgastado, unas gafas grises y una larga bufanda tricolor.

Bajo esa cantidad de trapos se encontraba Ophélie.

Alrededor de Ophélie, el vestíbulo protestaba ahora a través de todos sus armarios, furioso por esta intrusión que se saltaba el reglamento de los Archivos. Los muebles rechinaban fuera de quicio y pataleaban. Los percheros chocaban entre sí ruidosamente, como si un espíritu violento los empujara unos contra otros.

Esta demostración de cólera no intimidó en lo más mínimo a Ophélie. Estaba acostumbrada a la susceptibilidad de los Archivos.

—Calma, calma —murmuró.

Pronto, los muebles se calmaron y los percheros se callaron. El edificio de los Archivos la había reconocido.

Ophélie salió del vestíbulo y cerró la puerta. En el cartel estaba escrito:

**CUIDADO: HABITACIONES FRÍAS  
COJA UN ABRIGO**

Con las manos dentro de los bolsillos y su larga bufanda colgando, Ophélie pasó frente a una fila de casilleros etiquetados: «REGISTROS DENACIMIENTO», «REGISTROS DE DEFUNCIÓN» y «REGISTROS DE DISPENSAS DE CONSANGUINIDAD», entre otros. Empujó suavemente la puerta de la sala de consultas. Estaba desierta. Las contraventanas estaban cerradas, pero filtraban algunos rayos de sol que iluminaban una fila de pupitres entre la penumbra. El canto de un mirlo en el jardín parecía darle a ese haz de luz una luminosidad aún más potente. Hacía tanto frío en los Archivos que era necesario abrir todas las ventanas para dejar entrar el aire tibio del exterior.

Por un momento, Ophélie permaneció inmóvil bajo el marco de la puerta. Observó los hilos de luz que se deslizaban lentos sobre el parqué a medida que el día se levantaba. Respiró profundamente el aroma de los muebles viejos y del papel frío.

Pronto, Ophélie dejaría de sentir aquel olor que había bañado toda su infancia.

Se dirigió con pasos lentos hacia la habitación del archivista. El apartamento privado estaba protegido por una simple cortina. A pesar de la hora matinal, ya se

levantaba un fuerte olor a café. Ophélie tosió sobre su bufanda para anunciarse, pero una vieja música de ópera amortiguó el ruido. Entonces se deslizó entre la cortina. No tuvo que buscar muy lejos al archivista: la habitación hacía las veces de cocina, dormitorio, sala y gabinete de lectura: estaba sentado sobre su cama, con la nariz metida en un periódico.

Era un hombre viejo, con el pelo blanco, lleno de experiencia. Había acomodado bajo su ceja una lupa de estudio que hacía ver aún más grande su ojo. Utilizaba guantes y una camisa mal planchada bajo el chaleco.

Ophélie tosió una vez más, pero el viejo no la oyó a causa del gramófono. Inmerso en su lectura, cantaba la pequeña melodía de ópera sin mucho ritmo. También sonaban el ronquido de la cafetera, el rugido de la sartén y todos los ruiditos habituales del edificio de los Archivos.

Ophélie se impregnó de la atmósfera particular que reinaba en esa habitación: las falsas notas del anciano; la claridad naciente del día que se filtraba a través de las cortinas; el roce de las páginas pasadas con precaución; el olor del café y, un tono por debajo, el aroma a gasolina de un mechero. En un rincón de la habitación había un damero cuyas piezas se desplazaban por sí solas, como si dos jugadores invisibles se enfrentaran. Esto invitaba a Ophélie a no tocar nada, a dejar las cosas tal y como estaban, a alejarse por temor a dañar ese cuadro familiar.

Sin embargo, se decidió a romper la calma. Se acercó a la cama y tocó el hombro del archivista.

—¡En el nombre de los espíritus! —gritó sobresaltado el anciano—. ¿No podrías avisar antes de sorprender así a las personas?

—Lo he intentado —se disculpó Ophélie, y recogió la lupa de estudio que había rodado sobre la alfombra y se la devolvió al anciano.

Luego se quitó el abrigo que la envolvía de pies a cabeza, desenrolló su interminable bufanda y dejó todo sobre el respaldo de una silla. Solo quedaban de ella una silueta menuda, unos enormes rizos castaños mal peinados, unas gafas rectangulares y un camisón que le hubiera convenido más a una mujer de edad avanzada.

—Vaya, una vez más has venido por el vestíbulo, ¿eh? —masculló el archivista mientras limpiaba la lupa con su manga—. ¡Vaya obsesión tienes de pasar por los espejos a horas indebidas! Sabes que soy alérgico a las visitas sorpresa. Uno de estos días te ganarás un coscorrón, y estará muy bien ganado.

Su voz brusca hacía temblar dos soberbios bigotes que se escapaban hasta las orejas. Se levantó de golpe de la cama y agarró la cafetera, murmurando en un dialecto que en *Ánima* solo conocía él. Debido a que manipulaba los archivos, el anciano vivía completamente en el pasado. Incluso el periódico que hojeaba databa de al menos cincuenta años atrás.

—¿Una taza de café, niña?

El archivista no era un hombre muy sociable, pero cada vez que sus ojos se posaban sobre Ophélie, como en ese

instante, se ponían a burbujear como la sidra. Siempre había sentido debilidad por esta sobrina nieta, porque de toda la familia era, sin duda, la única que se parecía a él: igual de anticuada, solitaria y prudente.

Ophélie asintió con la cabeza. Tenía la garganta demasiado cerrada como para hablar en ese momento.

El tío abuelo sirvió un par de tazas de café humeante.

—Anoche me llamó tu madre —murmuró entre sus bigotes—. Estaba tan emocionada que no entendí ni la mitad de su perorata. Pero, bueno, comprendí lo esencial: al fin te van a echar el lazo, como se suele decir.

Ophélie asintió, sin decir nada. El tío abuelo frunció sus enormes cejas.

—No pongas esa cara, por favor. Tu madre te ha encontrado un buen hombre. No hay nada más que decir. — Le tendió la taza y se sentó pesadamente sobre la cama, haciendo chirriar todos los resortes del colchón.

—Siéntate. Es necesario que hablemos de padrino a ahijada.

Ophélie acercó una silla a la cama. Miró a su tío abuelo y sus flameantes bigotes con un sentimiento de irrealidad. Tenía la impresión de contemplar, a través de él, una página de su vida que le arrancaban en sus narices.

—Me imagino por qué me observas de esa manera — declaró el hombre—, salvo que esta vez la respuesta es no. Puedes ahorrarte tus hombros caídos, tus gafas empañadas y tus suspiros de infeliz como las piedras. —Agarró sus bigotes blancos con el pulgar y el índice—. ¡Ya rechazaste a

dos primos! Es cierto que eran feos como los pimenteros y burdos como un orinal, eso te lo concedo, pero con esos rechazos insultaste a toda la familia; y lo peor es que quedé como tu cómplice en el sabotaje de estos arreglos. — Suspiró entre sus bigotes—. Te conozco como si te hubiera creado. Eres conveniente, como un mueble, sin dejar escapar una palabra más alta que la otra, sin ser caprichosa, pero cuando te hablan de casarte, ¡eres terca como un yunque! Sin embargo, estás en edad, te guste o no el hombre. Si no te haces a la idea, terminarás desterrada de la familia, y eso no quiero que pase.

Con la nariz dentro de la taza, Ophélie decidió que era el momento de tomar la palabra.

—No debe preocuparse por nada, tío. No he venido a proponerle que se oponga a este matrimonio.

En ese instante, la aguja del gramófono cayó sobre una parte rayada del disco. El eco en bucle de la soprano invadió toda la habitación: «Si yo... si yo... si yo... si yo...».

El tío abuelo no se levantó para liberar la aguja de su encrucijada. Estaba atónito.

—¿Qué estás parlotando? ¿No quieres que intervenga?

—No. El único favor que he venido a pedirle hoy es el acceso a los archivos.

—¿A mis archivos?

—Hoy.

«Si yo... si yo... si yo... si yo...», tartamudeaba el gramófono. El tío abuelo levantó una ceja, escéptico, con los dedos palpando sus bigotes.

—¿No esperas que defienda tu causa frente a tu madre?

—No serviría de nada.

—¿Ni que haga pensar al debilucho de tu padre?

—Voy a casarme con el hombre que han escogido para mí. No es algo tan complicado de entender.

La aguja del gramófono saltó y continuó por el buen camino, al tiempo que la soprano clamaba triunfalmente: «Si yo te amo, ¡cuídate!».

Ophélie se acomodó las gafas sobre la nariz y sostuvo la mirada de su padrino sin pestañear. Sus ojos eran tan marrones como dorados eran los de él.

—¡Enhorabuena! —suspiró el anciano, aliviado—. Te confieso que jamás pensé que pudieras pronunciar esas palabras. Este hombre ha debido dejarte con la boca abierta. ¡Escúpelo y dime quién es!

Ophélie se levantó de la silla para llevarse las tazas. Quiso lavarlas, pero la pila estaba hasta los topes de platos sucios. Normalmente, a Ophélie no le gustaba hacer la limpieza, pero esa mañana se quitó los guantes, se remangó y lavó la loza.

—Usted no lo conoce —dijo finalmente. Su murmullo se ahogó con la caída del agua. El tío abuelo detuvo el gramófono y se acercó a la pila.

—No te he oído, hija.

Ophélie cerró el grifo un instante. Tenía una voz muy suave y una mala dicción, con frecuencia debía repetir las frases.

—Usted no lo conoce.

—¡Recuerda a quién te diriges! —protestó el tío abuelo, cruzando los brazos—. Quizá nunca saque la nariz de mis archivos, pero conozco el árbol genealógico mejor que nadie. Yo no ignoro la existencia ni de tus más lejanos primos, aquellos que están más allá del Valle y de los Grandes Lagos.

—Usted no lo conoce —insistió Ophélie.

Frotó un plato con la esponja, mirando al vacío. Tocar esa loza sin guantes de protección inevitablemente la remontaba en el tiempo. Hubiera podido describir hasta el más mínimo detalle, todo lo que su tío había comido en esos platos desde que los compró. Por lo general, como buena profesional, no manipulaba los objetos de otros sin guantes, pero su tío le había enseñado a leer allí mismo, en ese apartamento. Reconocía hasta con la punta de los dedos cada utensilio.

—Este hombre no es de la familia —anunció al fin—. Viene del Polo.

Se impuso un largo silencio, únicamente perturbado por el gorgoteo del desagüe. Ophélie se secó las manos en el vestido y miró a su padrino por encima de las gafas rectangulares. Este pareció haberse encogido dentro de sí, como si acabara de recibir una carga de veinte años sobre sus hombros. Sus bigotes cayeron como unas banderas en duelo.

—¿Qué disparate es este? —suspiró con la voz quebrada.

—Tampoco lo sé —dijo dulcemente Ophélie—; según mi madre, es un buen partido. Ignoro su nombre y tampoco

conozco su rostro.

Su tío fue a buscar su caja de tabaco bajo una almohada, agarró una pizca y la metió en cada fosa nasal, luego estornudó en un pañuelo. Era su manera de aclarar las ideas.

—Debe haber un error...

—Eso mismo quisiera creer, tío, pero parece que no hay ninguno.

Ophélie soltó un plato, que se partió en dos en la pila. Le dio los trozos a su tío. Este los pegó, y el plato se unió de inmediato. Lo puso sobre el escurridor.

El tío abuelo era un Animista impresionante. Sabía reparar todo con las manos, y los objetos más improbables le obedecían como cachorros.

—Debe haber un error, necesariamente —dijo—. En toda mi vida de archivador, jamás he oído hablar de una unión tan antinatural. Cuanto menos tengan que ver los Animistas con esos extranjeros, mejor se portarán. Punto final.

—Sin embargo, este matrimonio tendrá lugar —murmuró Ophélie, volviendo a los platos.

—Pero ¿qué mosca os ha picado a tu madre y a ti? —gritó el tío abuelo, perdido—. De todas las arcas, la del Polo es la que tiene peor reputación. ¡Tienen unos poderes que hacen perder la cabeza! ¡Ni siquiera son una verdadera familia! ¡Son manadas que se destrozan entre sí! ¿Has oído lo que se habla sobre el tema?

Ophélie rompió otro plato. En medio de su cólera, el tío abuelo no se daba cuenta del impacto que sus palabras ejercían sobre ella. Tal vez sintiera dolor: Ophélie tenía un rostro inexpresivo, en el que las emociones raramente afloraban a la superficie.

—No —contestó—, nunca he oído lo que dicen de estas y no me interesa. Necesito una documentación seria. Lo único que necesito, si usted me da permiso, es el acceso a los archivos.

El tío abuelo reconstruyó el otro plato y lo puso sobre el escurridor. La habitación comenzó a resquebrajarse y a rugir; el mal humor del archivista se transmitía por todo el edificio.

—¡No te reconozco! ¡Tenías grandes pataletas con tus primos y ahora te imponen a un bárbaro en tu cama, y estás totalmente resignada!

Ophélie se quedó inmóvil, con la esponja en una mano y una taza en la otra, y cerró los ojos. Sumergida en la oscuridad de sus párpados, miró hacia su interior.

¿Resignada? Para estar resignada hay que aceptar una situación, y para aceptar una situación hay que comprender el cómo y el porqué. Ophélie no comprendía nada. Unas horas antes no sabía que estaba comprometida. Tenía la impresión de estar flotando sobre un precipicio, de no ser dueña de sí misma. Cuando se arriesgaba a pensar en el futuro, todo le era desconocido. Impactada, incrédula, dominada por los vértigos, era como un paciente al que le

acabaran de diagnosticar una enfermedad incurable. Pero no estaba resignada.

—No, definitivamente no doy crédito al disparate — retomó el tío abuelo—. Además, ¿qué pinta aquí ese extranjero? ¿Qué interés tiene en el asunto? Con todo respeto, tú no eres la hoja más conveniente de todo nuestro árbol genealógico. Quiero decir, ¿eres la encargada de cuidar un museo, no una orfebrería!

Ophélie dejó caer una taza. No era por mala voluntad ni por la emotividad; su torpeza era patológica. Los objetos se le caían de las manos con frecuencia. El tío estaba acostumbrado, reconstituía todo a su paso.

—Creo que aún no lo ha comprendido —articuló Ophélie con firmeza—. Él no viene a vivir a Ánima, soy yo quien se va a vivir al Polo.

Esta vez fue el tío quien dejó caer la vajilla que estaba colocando. Renegó en su viejo dialecto.

Una luz clara entraba ahora por la ventana de la habitación. Aclaraba toda la atmósfera como si fuera agua pura y dejaba caer unos pequeños destellos sobre el cabecero de la cama, el corcho de una botella y el cuerno del gramófono. Ophélie no comprendía por qué entraba todo ese sol en la estancia. Chirriaba en medio de la conversación. Hacía que las nieves del Polo resultasen tan lejanas, tan irreales, que no era posible creer en ellas.

Ophélie se quitó las gafas, las limpió con su delantal y se las volvió a poner sobre la nariz, por reflejo, como si eso le ayudara a pensar con mayor claridad. Las gafas, que

acababan de quedar perfectamente transparentes, encontraron de inmediato su tono gris. Esas viejas gafas eran una extensión de Ophélie; el color que tomaban dependía de su humor.

—Me doy cuenta de que mi madre se olvidó de decirle lo más importante: son las Ancianas las que me comprometieron con este hombre. Por el momento, ellas son las únicas al tanto de mi contrato conyugal.

—¿Las Ancianas? —murmuró el padrino. Su rostro se crispó y se llenó de arrugas. Por fin comprendió el engranaje en el que su sobrina nieta estaba atrapada—. Un matrimonio diplomático... Qué desgracia —suspiró con la voz entrecortada. Aspiró de nuevo dos pizcas de tabaco y estornudó tan fuerte que tuvo que acomodar su dentadura postiza—. ¡Mi pobre muchacha!, si las Ancianas han intervenido en el asunto, no hay un recurso cercano para apelar. Pero ¿por qué? —se preguntó, buscando entre sus bigotes—. ¿Por qué tú? ¿Por qué allí?

Ophélie se lavó las manos y se volvió a ajustar los guantes.

Ya había roto suficientes platos por hoy.

—Parece que la familia de este hombre tuvo contacto directo con las Ancianas para concertar el matrimonio. Ignoro los motivos que les hicieron decantarse por mí en vez de por otra. La verdad, quisiera creer que es un malentendido.

—¿Y tu madre?

—Feliz —susurró Ophélie con amargura—. Le habían prometido un buen partido para mí, y es más de lo que ella hubiera podido esperar. —Bajo la sombra de sus pelos y de sus gafas apretó los labios—. No tengo poder para rechazar esta oferta. Seguiré a mi futuro marido hasta donde el honor y el deber me obligan. Pero eso será todo —concluyó mientras estiraba sus guantes con un gesto de determinación—, este matrimonio no está cerca de ser consumado.

El tío abuelo la observó con un aire de lástima.

—No, mi niña, no; olvida eso. Mírate... Eres alta como un taburete, tienes el peso de una almohada... Poco importa lo que él te inspire, te aconsejo que nunca te opongas a la voluntad de tu marido. Te rompería los huesos.

Ophélie giró la manivela del gramófono para poner el plato en movimiento y posó con torpeza la aguja sobre el primer surco del disco. El pequeño aire de ópera hizo resonar de nuevo el cuerno.

Lo miró con aire ausente, con los brazos cruzados en la espalda, y no dijo nada.

Ophélie era así. En situaciones en las que una niña habría llorado, gemido, gritado y suplicado, ella se contentaba, en general, con observar en silencio. Sus primos y primas se burlaban, diciendo que era una simplona.

—Escucha —masculló el anciano mientras se rascaba el cuello mal afeitado—, tampoco hay que hacer un drama. Sin duda fui excesivo cuando hablaba de esa familia hace un momento. ¿Quién sabe? Quizá el hombre te guste.

Ophélie observó a su tío abuelo con atención. La luz intensa del sol parecía acentuar los rasgos de su rostro y penetrar en cada arruga. Con un pellizco en el corazón, se dio cuenta de repente de que ese hombre, al que siempre había creído sólido como una roca y cada vez más insensible, hoy era un anciano fatigado; y ella también había crecido, por más que intentara evitarlo.

Ophélie forzó una sonrisa.

—Lo que necesito es una buena documentación.

Los ojos del tío abuelo encontraron un poco de chispa.

—Ponte el abrigo, niña. ¡Vamos a bajar!

# ***La Fractura***

El tío abuelo se adentró en la embocadura de una escalera débilmente iluminada por unas lámparas. Con las manos dentro del abrigo y la nariz en la bufanda, Ophélie descendió detrás de él. La temperatura bajaba con cada escalón que descendía. Sus ojos aún estaban llenos de sol. Tenía la impresión de que se sumergía en un agua negra y glacial.

Ophélie se sobresaltó cuando la voz rasposa de su tío abuelo se expandió en ecos contra las paredes.

—No logro hacerme a la idea de que vas a marcharte. ¡El Polo está en la otra punta del mundo! —Se detuvo en la escalera para girarse hacia Ophélie. Ella aún no se acostumbraba a la penumbra y chocó contra él en seco—. Tú eres bastante hábil para atravesar espejos. ¿No podrías hacer, de vez en cuando, alguno de tus pequeños viajes desde el Polo hasta aquí?

—No es posible, tío. El paso de los espejos solo funciona a corta distancia. Es inútil soñar con superar el vacío entre dos arcos.

El tío abuelo maldijo en su viejo dialecto y retomó el descenso. Ophélie se sentía culpable de no ser tan hábil

como creía.

—Intentaré venir a visitarlo con frecuencia —prometió en voz baja.

—De hecho, ¿cuándo te vas?

—En diciembre, según las Ancianas.

El tío abuelo maldijo otra vez. Ophélie se alegró de no comprender nada de su dialecto.

—¿Quién te va a reemplazar en el museo? ¡No hay nadie que sepa tanto de antigüedades como tú! —masculló el anciano.

Ante eso, ella no supo qué contestar. Que la separaran de su familia ya era una fractura en sí, pero de su museo, el único lugar donde se sentía ella misma, era perder su identidad. Ophélie solo era buena para leer. Si le quitaban eso, solo le quedaría su torpeza. No sabía cómo mantener una casa ni una conversación, ni llevar a cabo una tarea doméstica sin hacerse daño.

—Por lo visto, no soy tan irremplazable —murmuró dentro de su bufanda.

En el primer sótano, el tío abuelo se cambió sus guantes habituales por unos limpios. Bajo la luz de las lámparas eléctricas, abrió sus casilleros para buscar los archivos, los cuales estaban organizados, generación tras generación, en las frías bóvedas de los sótanos. El anciano expulsaba vaho por la boca con cada respiración.

—Bueno, estos son los archivos familiares; sin embargo, no esperes milagros. Sé que uno o dos de nuestros

ancestros pusieron los pies en el Gran Norte, pero eso fue hace mucho tiempo.

Ophélie se secó una gota que le caía de la nariz. En ese lugar no debía hacer más de diez grados. Se preguntó si la casa de su marido sería aún más fría que la sala de archivos.

—Me gustaría ver a Augustus —dijo.

Claramente, lo decía en sentido figurado. Augustus había muerto mucho tiempo antes del nacimiento de Ophélie. «Ver a Augustus» significaba ver sus bosquejos.

Augustus fue el gran explorador de la familia, una leyenda en sí mismo. En el colegio les enseñaban Geografía a partir de sus diarios. Jamás escribió un renglón —no manejaba su alfabeto—, pero sus dibujos eran una mina de información.

Como el tío abuelo no respondió, sumergido en sus casilleros, Ophélie creyó que no la había oído. Retiró de su cara la bufanda que la envolvía y repitió con una voz más fuerte:

—Me gustaría ver a Augustus.

—¿Augustus? —masculló sin mirarla—. No es nada interesante. Tres veces nada. Solo son viejos garabatos.

Ophélie levantó las cejas. El tío abuelo jamás criticaba sus archivos.

—Oh, ¿tan mal está? —dejó escapar ella.

Con un suspiro, el tío abuelo emergió de la gran gaveta abierta que estaba frente a él. La lupa que había

acomodado bajo su ceja daba la impresión de que tenía un ojo el doble de grande que el otro.

—Fila número cuatro, a tu izquierda, estante de abajo. No dañes nada, por favor, y ponte guantes limpios.

Ophélie bordeó los casilleros y se arrodilló en el lugar indicado. Allí estaban todos los diarios originales de Augustus, clasificados por arcas. Encontró tres de «Al-Ondaluz», siete de «Ciudad» y casi veinte de «Serenísimo». Sobre «Polo» solo encontró uno. Ophélie no podía permitirse ser torpe con documentos de semejante valor. Los puso sobre un pupitre de consulta y pasó con precaución las páginas de los dibujos.

Planicies pálidas, una flor en una roca, un fiordo prisionero del hielo, bosques de altos pinos, casas apretujadas en la nieve... Esos paisajes eran austeros, sí, pero menos impresionantes que la imagen que ella se había hecho del Polo. Incluso los encontraba bastante bellos, en cierta medida. Se preguntó dónde viviría su prometido en medio de toda esa nieve. ¿Cerca de ese arroyo bordeado de piedras? ¿En ese puerto de pescadores perdido en la noche? ¿O, tal vez, en esa planicie invadida por la tundra? ¡Esa arca parecía realmente pobre y salvaje! ¿En qué sentido podía ser un buen partido su prometido?

Ophélie llegó a un dibujo que no comprendió: se parecía a una colmena suspendida del cielo. Quizá era un boceto.

Pasó unas páginas más y encontró el dibujo de una cacería. Un hombre posaba con orgullo frente a una inmensa montaña de pieles. Con los puños sobre las